

La pedagogía sistémica: la educación sigue latiendo al compás de los tiempos

Carles Parellada

De vez en cuando aparece en el panorama educativo alguna propuesta que comporta la incorporación de nuevas ideas para abordar la cada vez más compleja tarea docente. En estos momentos estamos de lleno en una de esas ocasiones y aparece con fuerza la pedagogía sistémica.

La pedagogía sistémica nace con vocación innovadora a la vez que con la firme convicción de que no viene a sustituir nada de lo que hasta estos momentos conocíamos. Si por algo se distingue es, justamente, por su carácter marcadamente inclusivo.

Se desarrolla bajo el paradigma sistémico-fenomenológico, que impregna las constelaciones familiares y los órdenes del amor que Bert Hellinger y sus colaboradores han venido desarrollando durante estos últimos años en el marco de la psicoterapia. Sin embargo, en ningún caso, esta pedagogía pretende un abordaje terapéutico de la educación.

Marianne Franke, maestra de primaria en Alemania, y Angélica Olvera, profesora de secundaria en México. Han hecho una firme apuesta para desarrollar esta pedagogía y junto a Bert Hellinger opinan que en la educación está el futuro no sólo de las próximas generaciones, sino también de los grandes cambios en las dinámicas sociales del mundo, a corto y medio plazo.

¿Cuáles son las principales ideas que sustentan esta nueva propuesta educativa?

Este nuevo paradigma pedagógico introduce una mirada acorde con una de las perspectivas más actuales del mundo en el que vivimos: la mirada sistémica, que comporta entender los colectivos y grupos humanos, así como las instituciones, no sólo como la suma simple de miembros que pertenecen a ellos, sino como sistemas complejos que funcionan según unas dinámicas que siguen ciertos patrones.

Si tuviéramos que resumirlas en un lema, probablemente uno de los más ajustados sería: «Cada uno en su lugar para poder educar». Me explico: la pedagogía sistémica toma como referentes fundamentales *la ubicación y el contexto*. «Ubicarse» en el sentido de que a cada uno le corresponde hacer aquello con lo que está vinculada su tarea, y es en esa dirección donde debe dirigir su mirada y sus esfuerzos. A los padres¹ les corresponde la tarea principal de la educación de sus hijos, ésa es una responsabilidad ineludible. Al nacer, éstos confían absolutamente en que encontrarán adultos próximos que los cuidarán y los protegerán con ahínco, para ayudarlos a desarrollar todas sus potencialidades como seres humanos que han de convertirse en personas autó-

nomas, competentes emocional, cognitiva y socialmente, amorosas y solidarias.

Los docentes no debemos ocupar esa posición privilegiada, debemos ser humildes y respetuosos, tomando en cuenta la realidad de nuestros alumnos y sus familias, sin pretender ir más allá de lo que en ella sucede y de lo que nos corresponde como profesionales.

Si los padres van a la escuela y pretenden decirles a los docentes cómo deben desarrollar esta tarea, o los docentes reclaman la presencia de las familias para expresarles su descontento por la forma de enfocar la atención de algunos aspectos básicos del crecimiento de sus hijos, entramos en conflicto porque ni unos ni otros miramos hacia donde nos corresponde. Los que pagan los platos rotos, casi siempre, son los propios alumnos, puesto que están entre el fuego cruzado de adultos que no se responsabilizan claramente de sus funciones. Existe, pues, un orden en las relaciones que debe respetarse para que los sistemas se organicen desde lo que podríamos denominar «un equilibrio dinámico».

En este sentido, la segunda condición resulta determinante: «tomar en cuenta el contexto». El contexto tiene que ver con la diversidad, con las peculiaridades de cada alumno, de cada persona. Desde la pedagogía sistémica procuramos abordar esas peculiaridades tomando en cuenta su contexto específico (espacio-territorio, tiempo-historia, y el resultado de la combinación de todo ello: conocimientos previos, creencias, cultura, conciencia...) y actuando en consonancia con ello, partiendo de la base de que cada uno de esos contextos tiene una razón de ser, que no hay unos mejores que otros y que, en el fondo, se trata de trabajar con ellos desde esa aceptación y desde el respeto por lo que en ellos hay, se respira, evitando expectativas de cómo nos gustaría que fueran para que todo resultara más sencillo.

Todo lo que estoy comentando comporta cambios radicales en la manera de afrontar la relación entre los centros docentes y las familias, en la manera de concretar las reuniones de padres, las entrevistas, los protocolos de colaboración, los diagnósticos..., puesto que el punto de partida es mirar dónde está la familia y su hijo, mirar la tarea que tenemos encomendada y, desde ahí, construir un espacio de interacción que vaya en beneficio del crecimiento global de nuestros alumnos y que, al mismo tiempo, permita el reconocimiento de los recursos que los propios padres tienen para resolver las dificultades que puedan aparecer en la atención de sus hijos.

De estas observaciones se deriva otro aspecto fundamental de la pedagogía sistémica: *la inclusión*. El abordaje sistémico-fenomenológico ha puesto de manifiesto de una forma significativa que en el momento en que un miembro o parte de un sistema, sea cual sea, se siente excluido no tiene la certeza de pertenecer a ese sistema, éste entra en desequilibrio y en él emergen diferentes actitudes disruptivas que a menudo interpretamos, confusamente, como causas y responsabilidades individuales de aquellos que las manifiestan, cuando en realidad se trata de brotes sintomáticos que el sistema utiliza para mostrar algún desajuste. En este sentido, los mayores esfuerzos de las instituciones educativas deben ir en la dirección de potenciar este *sentimiento de pertenencia*, favoreciendo todos aquellos procesos que permitan la inclusividad.

Desde esta perspectiva, también se ha podido observar que, a menudo, las dificultades de los equipos docentes, las de los alumnos, las de las propias familias, incluso las de los docentes, para encarar con garantías la tarea que les compromete, sea desde una dimensión per-

sonal como desde una dimensión profesional o social, tienen que ver con *vínculos generacionales* (inter, intra y transgeneracionales) que en su momento quedaron estancados, sin atender, o que se vivieron claramente como conflictos desgarradores por su intensidad y dramatismo, cuyo dolor no se pudo elaborar.

Estos vínculos deben salir a la luz para que sus efectos no distorsionen nuestra vida cotidiana y nuestra tarea profesional. Debemos tenerlos en cuenta para que no actúen subterráneamente y hagan aparecer las cosas de forma encubierta, lo que dificulta que se puedan afrontar en la dirección que corresponde. Los docentes debemos *desarrollar una clara percepción* que nos haga sensibles a estas informaciones y conocimientos. Por ejemplo, cuando un padre tiene puesta la mirada en el pasado, porque siente que sus propios padres no le dieron suficiente amor, no le tuvieron suficientemente en consideración..., difícilmente podrá acometer su tarea como padre respecto a su propio hijo con la fuerza y la calidad que ello requiere. Si un educador mira hacia atrás y en su biografía académica mantiene algún resquemor con una parte de aquellos que fueron sus maestros, difícilmente podrá acometer su tarea docente con la claridad y la vitalidad que necesitan sus alumnos. Para educar, sea desde el ámbito que sea, uno debe mirar hacia sus orígenes con respeto y agradecimiento.

Detrás de estos hechos encontramos otro aspecto fundamental en el paradigma de la pedagogía sistémica: *las fidelidades*. Los hijos actúan por amor a los padres, son totalmente fieles a ellos y todo lo que hacen lo hacen por amor, para cuidarlos, para compensarlos, para distraerlos de sus pequeños o grandes problemas, incluso se ofrecen voluntaria e inconscientemente para cargar con sus historias, culpas, res-

ponsabilidades, llegando a pagar con su salud y su bienestar para que los padres no sufran.

En realidad, no sólo son fieles los hijos a sus padres, también en los colectivos se dan ciertas fidelidades, así como en las instituciones. La paradoja de estas fidelidades es que se sustentan en una buena intención, a menudo las funda un gran amor, pero suele ser un amor ciego, que no puede conseguir lo que pretende porque se arroga una función, una tarea, una responsabilidad, que no le compete a quien la realiza. Por ejemplo, una actitud conflictiva de un niño que llama la atención en la escuela, porque quizá sus padres están en un proceso de ruptura de la relación y éste quiere hacer todo lo posible para que ellos giren su mirada hacia él, se distraigan de sus dificultades y, de esta manera, no corran riesgo de separarse.

Una de las manifestaciones concretas de las fidelidades se muestra en *los síntomas*, que no suelen ser el problema en sí mismo o, en cualquier caso, no son la esencia del ser de aquellos que los portan, sino un emergente que incluso podríamos entender, in extremis, como un regalo para el sistema para poder cambiar alguna cosa que está en desequilibrio.

Estamos unidos a nuestros seres queridos, actuamos como ellos, sentimos y pensamos de una forma parecida, porque compartimos un *nivel de conciencia* que está en sintonía. Es en este sentido desde donde podemos plantearnos que no existen buenos ni malos, sino constelaciones de conciencias, que según cómo se enfoquen pueden producir más dolor que otra

La historia de la humanidad está repleta de conflictos que se pusieron en marcha en aras de considerar unas conciencias mejores que las otras. Los centros educativos no pueden caer en esta trampa

cosa. La historia de la humanidad está repleta de conflictos que se pusieron en marcha en aras a considerar unas conciencias mejores que las otras. Los centros educativos no pueden caer en esta trampa.

Desde la inclusión y el reconocimiento todos tenemos un lugar reservado, valorado como algo especial, y necesario para el resto.

Sugerencias para contextualizar la práctica

Debemos ser prudentes, la pedagogía sistémica no es la panacea que lo resuelve todo y hay que ir pasito a pasito, modificando actitudes, introduciendo novedades, tomando conciencia de los efectos, previendo estancamientos, resistencias... Éstas podrían ser algunas, entre otras muchas, de esas concreciones:

- Mirar hacia la tarea que en cada momento tenemos encomendada, no caer en la tentación de querer resolver todo pensando que nosotros lo podemos hacer mejor.
- Aceptar el contexto en el que nos movemos, respetando que es así, evitando juicios de valor comparándolo con expectativas previas, trabajando desde ese lugar, agradeciendo los pequeños cambios que podamos introducir con la complicidad de los padres, sin dejar de mirar en la dirección de posibles soluciones.
- Mantener como principio de intervención la inclusión, favoreciendo el sentimiento de pertenencia de todas las personas implicadas en los grupos con los que interactuamos, desde los propios compañeros de trabajo, nuestros alumnos y sus padres, evitando cualquier tipo de etiquetas (que acaban convirtiéndose en profesías autocumplidas).

- Ampliar nuestra mirada e integrar a los padres de nuestros alumnos en nuestro corazón, sintiendo a nuestros padres detrás nuestro.
- Afinar nuestra sensibilidad e imaginarnos el aula como un sistema de interacciones, entre personas, experiencias y conocimientos, que genera un campo de aprendizaje² extraordinariamente rico gracias a las aportaciones de todos y cada uno de los miembros que pertenecen a ella.
- Mejorar nuestra percepción, procurando no dejarnos arrastrar por la apariencia de las lógicas causales de ciertos comportamientos de nuestros alumnos sin tomar en consideración el papel de los síntomas, las fidelidades ocultas y el amor que rebosa detrás de ellas. En este sentido, la pregunta acertada sería: ¿cuál es el amor que mueve a este niño a actuar de tal o cual manera?
- Reflexionar en algún momento sobre el hecho de que nuestra «vocación» y nuestro «destino» están inexorablemente unidos en una trama que, según cómo, puede confundirnos y cuando combinadas adecuadamente pueden resultarnos muy útiles. Nuestra biografía nos ha llevado a la docencia, hagamos de ello un motivo de satisfacción y convirtámoslo en un valor para nuestra vida y para las futuras generaciones, y no en una lucha sin cuartel.

Mirando hacia el futuro

Siguiendo las lecciones de Humberto Maturana, el ser humano se ha constituido desde la cooperación y el amor; en este sentido, el futuro previsible de la especie está dirigido, inexorablemente, hacia el éxito de la realización. A mi modo de ver, muy mal debe-

Anexo: referencias sobre la formación y la bibliografía

En el mes de septiembre del 2006 se publicó un monográfico de Cuadernos de Pedagogía sobre este nuevo paradigma, que recoge sus ideas principales, así como experiencias concretas de su puesta en práctica en las diferentes etapas del sistema educativo español.

Algunos de los libros que se pueden tomar en consideración:

- FRANKE, M. (2004): *Eres uno de nosotros*. Buenos Aires. Editorial Alma Lepik.
- WEBER, G. (1999): *Felicidad dual: Bert Hellinger y su psicoterapia sistémica*. Barcelona. Herder.
- ULSAMER, B. (2004): *Sin raíces no hay alas*. Barcelona. Luciérnaga.
- HELLINGER, B. (2001): *Los órdenes del amor*. Barcelona. Herder.
- PREKOP, J.; HELLINGER, B. (2003): *Si supieran cuánto les amo*. México. Herder.
- FIORENZA, A.; NARDONE, G. (2004): *La intervención estratégica en los contextos educativos*. Barcelona. Herder.
- MORIN, E. (2001): *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. Barcelona. Paidós.
- WILD, R. (2006): *Libertad y límites, amor y respeto*. Barcelona. Herder.

En España, desde el curso 2003-2004, se vienen realizando cursos de formación de pedagogía sistémica impartidos por Angélica Olvera, rectora de la UDEC (Universidad Doctor Emilio Cárdenas) de México, pionera en este abordaje, con la colaboración de Marianne Franke y de un equipo de docentes formados en esta misma línea, tanto en Madrid, en el centro Inherentia, que fue el que los inició, como en Barcelona, en el Institut Gestalt, y posteriormente en Sevilla (Aula La Montera) y Elche. En el momento de la publicación de este artículo la formación, abierta a cualquier persona vinculada de alguna manera a la educación, incluyendo, por supuesto, a los padres y madres, es bianual, dedicándose el primer año a definir los principios básicos del enfoque sistémico-fenomenológico, sus implicaciones educativas, y a desarrollar las actitudes básicas del educador sistémico; y el segundo curso, a la investigación y a las herramientas y estrategias pedagógicas para la aplicación práctica de este enfoque, tanto en el currículo y en la intervención docente como en las relaciones interpersonales.

remos hacerlo para romper esta dinámica, aunque, siendo realista, tal posibilidad no se puede descartar o, como mínimo, nos debe servir de farolillo rojo para hacernos lo suficientemente responsables y no caer en la trampa que comporta mantener a ultranza los principios actuales de una sociedad neoliberal, en la que todo está permitido y en la que no se suelen tomar suficientemente en consideración las enseñanzas del pasado.

En los centros docentes, junto con los equipos profesionales, al lado de las propias familias y de todos aquellos colectivos e instituciones que toman parte en el acontecer educativo, tenemos depositada una gran responsabilidad, un reto apasionante. Ahora, más que nunca, tenemos en nuestras manos una experiencia y un saber que nunca antes hubiéramos imaginado. Estoy convencido, junto con otras muchas personas, que entre todos sabremos utilizar esta energía para acompañar los cambios que necesariamente deben producirse en los próximos años. En esos cambios, las escuelas, los maestros y los padres tenemos un papel protagonista que estamos en condiciones de asumir. El enfoque sistémico-fenomenológico nos va a ser de una gran ayuda en este proceso, que hemos heredado de los que nos antecedieron y que traspasaremos a las nuevas generaciones para que puedan continuar, en las mejores condiciones posibles, el largo camino de la humanización.

HEMOS HABLADO DE:

- Pedagogía.
- Identidad.

Notas

1. A partir de ahora cuando haga referencia a los padres estoy incluyendo también a las madres, y lo mismo con respecto a los hijos e hijas.
2. Rupert Shaldrake habla de la memoria morfogenética, un concepto que aporta una perspectiva esperanzadora y revolucionaria en los ámbitos educativos, porque explicita la posibilidad de aprovechar el conocimiento acumulado por la especie sin tener que reinventarlo constantemente.

Carles Parellada

ICE. Universitat Autònoma de Barcelona

carles.parellada@uab.es

www.xtec.es/~cparella